

En las pruebas de mis reparos habré de ser algo prolijo, porque, sin una superabundancia de razones, sería injustificable la pretensión de afirmar que Cervantes, en algunos puntos de su historia, no logró el acierto con que tanto realce dió á los demás: pretensión que, de seguro, no faltará quien tenga por atrevida; pero yo procuraré satisfacerle conteniéndola en los límites de la verdad, respeto y modestia. Por otra parte, la exposición, aunque extensa, tendrá, á mi juicio, el atractivo de introducir en cierta manera al lector en el de pocos conocido mundo de los orates, donde, sobre encontrar materia de estudio y reflexión, podrá conocerlos en su vida íntima, es decir, por ciertas circunstancias ó caracteres y aun genialidades, que, sin tener relación directa ó necesaria con sus diferentes delirios, les dan un aspecto general, común á todos, una *semejanza de familia*, que no los distingue menos que sus particulares aprehensiones y errores, y, además, sirve sobre modo en lo clínico para calificarlos.

Hasta aquí, atendido siempre á la locura de Don Quijote, no me ha sido dado sino poner en cotejo con sus síntomas los de otros orates; pero desde ahora, cumplido ya mi principal propósito, podré campar con más holgura mencionando algunos fenómenos vesánicos, que bien lo merecen, ya por importantes, ya por curiosos; tál por raro, aunque característico; cuál por omitido en los tratados de Medicina psicológica; y casi todos, porque, ó no los ofreció, ó los contradijo la monomanía del Hidalgo; que, al fin, sería superfluo é impertinente cuanto yo explicase, si no viniese á parar en uno como estudio comparado.

En éste hallará quizás algún crítico, médico ó no médico, nuevos datos para ampliar el comentario doctrinal de la novela; y cuando, por ventura, así lo hiciese, pondría mi contentamiento á nivel con mi deseo.

§ I.— SOBRE LA FRECUENCIA RELATIVA DE LAS ILUSIONES Y DE LAS ALUCINACIONES, Y SOBRE LA MUDANZA DE ELLAS Y DE LOS CONCEPTOS DELIRANTES.

El fenómeno sensorio casi exclusivo de la monomanía de Don Quijote es la ilusión; y digo casi exclusivo, porque á los principios de la dolencia hubo algunas alucinaciones, que no reaparecieron jamás; á saber, las que refirió la Sobrina sobre batallas en que andaba muchas veces su tío con gigantes; y la del torneo en que le hallaron el Cura, el Barbero y el Ama cuando, suspendiendo el escrutinio de la librería, acudieron adonde estaba el Hidalgo, llamados por sus gritos. Sin duda estas alucinaciones lo fueron de la vista y una del tacto: así lo induce á creer la explicación que dió el Caballero de los actos descompuestos á que irresistiblemente le llevaron.

Ahora bien, en la locura, ya parcial, ya general, las ilusiones son raras, y, al contrario, las alucinaciones muy frecuentes. Por cada ilusionario cuéntanse cien alucinacionarios, y más: apelo al testimonio de todos los alienistas prácticos. A menudo la alucinación parece constituir por sí sola la vesania; y, aunque, si bien se considera, no es así, porque un error de sentido engendra por necesidad otro de concepto, y ambos se adunan para formar el delirio; sin embargo, el producto de estos dos factores, sensorio é intelectual, llámase *locura alucinatoria*: denominación ya admitida y corriente. Lo mismo puede decirse de la ilusión; pero el caso es, que vesanias alucinatorias, las he visto ya por cientos, pero pocas ó acaso ninguna ilusionatoria exclusivamente, á lo menos con los requisitos ó caracteres distintivos de una variedad bien marcada de la locura sensoria. Otro tanto les habrá sucedido á mis colegas.

Si, invitados algunos á hacer muestra de sus conocimientos escribiendo ó trazando de fantasía, por juego

de ingenio, en uno como certamen familiar ó humorístico, el retrato sintomático de un monómano, maniaco ú otro enajenado lúcido, entresacando del libro mental de la práctica propia los datos que les pareciesen pertinentes; atribuirían al loco conceptos delirantes, tal vez peregrinos y admirables; mostraríanle señoreado por una pasión exaltante ó depresiva, noble ó baja, digna de lástima ó de aborrecimiento; pondrían con mucho ahinco la mira á señalar la perversión del sentido moral, los extravagantes impulsos de la voluntad, quizás la pérdida de la memoria; y, finalmente, mencionarían otros varios fenómenos propios para fijar el carácter del imaginado caso clínico en términos, que todos pudiesen calificarlo de prototipo de la especie. Cierto estoy de que ninguno, á fuer de experimentado, omitiría alguna ó algunas alucinaciones, en particular del oído, por reputarlas como el síntoma que mejor acabala, redondea y distingue una forma psicopática; pero es muy posible que no hubiese quien añadiera una ilusión á la pintura, ya momentáneamente olvidado de este desvarío, por su rareza, ó ya temeroso de que holgara en ella, puesto que no por faltarle había de salir menos fiel ó no parecer trazada por el natural la representación del hecho. Bien sé que para algunos la ilusión y la alucinación son fenómenos idénticos en el fondo, ó manifestaciones diferentes de un mismo desorden de la sensibilidad, único en esencia; mas aun así, y prescindiendo ahora de lo erróneo de este parecer, nadie puede negar que la manifestación alucinacionaria prevalece imponderablemente sobre la ilusionaria.

De donde se infiere, en mi humilde sentir, que si los móviles inmediatos ó causas ocasionales de muchas locuras que cometió Don Quijote hubiesen sido, no ilusiones, como bien se puede decir que fueron casi siempre, ni, en rigor, implica que lo fuesen, sino alucinaciones; en este particular, el médico-psicólogo más amante de la pureza de su doctrina, más descontentadizo, quis-

quilloso y exigente, no hallara un pero en toda la historia de la enfermedad mental del Manchego.

Uno, con todo, hay de mucha cuenta en otro respecto, y es la mudanza de las ilusiones y alucinaciones, pues nacen de los sucesos y con ellos mueren, exceptuada la ilusión del yelmo de Mambrino, que subsistió por algún tiempo tras la ganancia de la preciada joya. No pasa tal á los locos; cuyos errores sensorios aparecen al par que las vesanias como síntomas muy característicos, y ciertamente por todo extremo tenaces. Las ilusiones y alucinaciones son fenómenos subjetivos: la realidad objetiva no las disipa; tampoco las produce por sí sola; para desvanecerlas no basta jamás, y para causarlas sólo da ocasión ó motivo indirecto. Però, ya establecidas, perseveran. Ni hay orate que á cada acontecimiento tenga una nueva.

Síntoma á todas luces frenopático es el truco de la personalidad, y, por lo mismo, me place verlo en la locura de Don Quijote; mas no movedizo, temporal, fortuito, como el de la propia y ajena que ofreció el Hidalgo al principio de su dolencia, y que está oportuna y donosamente pintada con un vigoroso espíritu que admira. Sin embargo, en todo el curso del delirio no vuelve á parecer; y esto entraña también una notable inverosimilitud, porque no se observa así en la práctica. Es un fenómeno, cuándo sensorio, cuándo intelectual, cuya persistencia allá se va con la de los demás elementales de entrambas formas. El orate que lo tuvo una vez, lo retiene siempre, con raras excepciones.

La tenacidad de los conceptos delirantes es mayor en la monomanía que en todas las demás vesanias; y con mucha propiedad se llama *idea fija* la constitutiva de aquélla, pues se hinca y clava, por decirlo así, con tanta fuerza en el cerebro del enfermo, que difícilmente se logra arrancarla, cualesquiera que sean los medios terapéuticos que para ello se usen. Con buen éxito á veces se combaten las muchas y heterogéneas ideas del

maniaco; casi jamás la única del monómano. Consejos, argumentos, todos los testimonios en que se funda el criterio; nada la conmueve..... ni la represión moral, ni el dolor físico. Dígalo, si no, la inanidad de las tentativas de Leuret, que sobre estos recursos extremos quiso establecer un método curativo, aunque filosófico en la teoría, infeliz en la práctica; sólo capaz de que, en un momento de angustia y desesperación, provocadas por el terrible golpe del chorro impetuoso y glacial ó la insoportable quemazón del cáustico, mienta el orate retractaciones de errores ó promesas de cordura, como la que un poeta de alma ardiente, aunque no muy piadosa, al parecer, estando loco, remedó con amarga ironía en estos versos :

*¡Sous la douche de glace et le moxa de feu,
Je te proclamerai, Seigneur, le juste Dieu!*

Inmóvil, enérgica, implacable, avasalladora de todo el sistema psíquico la idea fija, un río correrá álveo arriba primero que ella flaquee en el combate, ni ceda un ápice de su despótico dominio. Tal vez, en propicia coyuntura, halagado el monomaniaco, engreído con la alabanza, satisfecho en sus deseos, una mano mañosa le llevará momentáneamente al camino de la razón; mas, siquiera puesto en él, debajo de su aquiescencia, sosiego y actos de cordura, no dejará el alienista experto de ver aún preponderante y altiva la monomanía; bien así como acaso por entre las facciones del tifódico lúcido distingue el médico práctico los vestigiõs del delirio extinto, y divisa el amago de la nueva explosión próxima.

No hay que añadir que las convicciones del monomaniaco, resultantes de la idea ó ideas sobre las cuales gira su aberración, son inquebrantables; tan firmes aquéllas como tenaces éstas. Podrán contenerse, y, en efecto, con blandura, cariño, la aplicación al trabajo, el aliciente de distracciones y premios y los demás

arbitrios del tratamiento moral, casi siempre se contienen los ímpetus del orate; con tino y mucha perseverancia se logrará moderar su carácter, inspirarle confianza, afecto, hasta amistad y tal vez adhesión viva á los que le cuidan; reducirle, en fin, á los términos de una cordura relativa; pero por milagro se recabará de él que vaya abiertamente de buen grado contra las ideas, aprehensiones, temores, deseos, gustos, tendencias, propósitos ó cualquiera de los desvaríos que dan forma ó como realidad corpórea á la tema de su locura.

Lo mismo, sin atenuar el menor concepto, se ha de entender de los ilusionarios y alucinacionarios, que, en punto á sus sensaciones perturbadas ó pervertidas, podrían no sin razón llamarse igualmente monomaniacos. Y ¿quién se extrañará de verles tan aferrados á los errores de su delirio, si éstos les vienen por el testimonio de los sentidos, que es el criterio de los criterios, ó digamos el más accesible á todo entendimiento, culto ó inculto? ¿Quién se aviene á creer que lo que ha visto ú oído no sea una realidad que ha afectado su retina ó su tímpano? Antes se estregará los ojos, y se hurgará los oídos, y se tentará todo el cuerpo para cerciorarse de que está despierto y no dormido... antes dudará de su misma existencia.

En suma, para los que padecen monomanía, ilusiones ó alucinaciones, nadie dude de que persuasión y convencimiento, en contra de lo tocante á ellas, son palabras que están demás en el diccionario de la lengua.

Por esto me holgara yo de ver que Don Quijote, en todos los lances á que le arrojan sus ideas delirantes é ilusiones, porfía en seguir hasta el fin, contra viento y marea, el rumbo emprendido, obstinándose en juzgar por verdades aquellos errores, y queriendo con ahinco que por tales los tengan también los circunstantes; y no, como en algunas ocasiones, que la adversa fortuna, con el dolor moral de las ofensas ó el físico de los golpes, parece abrirle los ojos y ponerle en su acuerdo para

que por su desgracia conozca su desatino, aunque solamente en parte, pues siempre lo excusa con la malquerencia de seres invisibles, de poder incontrastable, que, valiéndose de indignas artimañas, le han descaminado y traído el éxito infeliz de sus proezas. En todas ellas quisiera yo hallar al Caballero tan rehacio monomaniaco é ilusionario después del hecho como antes; siempre defendiendo con terquedad su sentir, jamás acomodándolo al ajeno; sin parar mientes en razones, ni siquiera en la realidad sensible de las cosas, aunque la representen obstáculos insuperables, contratiempos y derrotas; que no hay loco de la misma especie que no parezca traer por divisa aquel reto tan famoso en la Historia: *¡Todos contra Nos, y Nos contra todos!*

Hace muchos años que estuvo algunos en mi Manicomio un joven, que era la misma bondad: dócil, afable, fiel, pacato, piadoso, simpático en extremo; el cual adolecía de melancolía con delirio, originada de la vivísima conmoción de espíritu y cuerpo que recibió viendo caer á sus piés, herido mortalmente por arma traidora, á su amo fugitivo, á quien, no sin mucho riesgo acompañaba, pues le quería con afecto de hijo. Acaeció este hecho, indigno aun de salvajes, en una de las revueltas que con dolor, escándalo y vergüenza de la gente de bien, han ensangrentado en varias épocas las calles de Barcelona. Era este suceso la tema de su delirio, á cuyas ideas peculiares agregábanse otras sobre los pecados de los hombres y el tremendo castigo que la justicia de Dios les reservaba. El sosiego de la vida manicomica, el cuidado y amor con que se asistía al pobre orate, calmaron después de algún tiempo sus accesos de agitación; y mis reflexiones, consuelos y halagos abriéronle el pecho á la esperanza de restablecimiento de la salud, y encariñáronle conmigo. Esto no obstante, á la proximidad de un aniversario de la sangrienta tragedia, comenzó á conturbarse de nuevo su espíritu, y, recreciendo el

delirio, aunque entonces sin pasar los límites del sosiego, bulléronle en la imaginación ideas de trastornos y calamidades, y anunciómeme con cierta solemnidad, para aquella nefasta fecha, una manifestación visible de la cólera divina. Había de oscurecerse el sol y quedar, por lo tanto, sumergida en tinieblas la tierra. En balde traté de desvanecer sus temores y tranquilizarle demostrándole la vaciedad del concepto que los causaba, pues á mis razonamientos opuso la certidumbre de su pronóstico, con el aire de inspiración, la firmeza de infalibilidad y la cuidadosa reserva de misterio con que suelen enunciar sus ideas los que padecen aberraciones mentales de carácter religioso. Viendo ya ser inútiles todas mis tentativas, ocurriómeme hacer la última, por vía de experimento, que no con esperanza de buen éxito, y le propuse un partido para entrambos aceptable: si aquel día se oscurecía realmente el sol, yo confesaría de plano, sin reservas, ambajes ni subterfugios, haberme equivocado en mis impugnaciones, y reconocería la superioridad de su entendimiento con respecto al mío; de lo contrario, él había de convenir conmigo en que fué vano é ilusorio su fatal anuncio, y en que, al hacerlo, obedeció inconscientemente al impulso de la fantasía extraviada por un desorden vesánico. Al cielo remitímos la decisión de cuál de los dos, él ó yo, tenía vuelto el juicio. Quedámos, pues, concertados, y, no obstante, repetímos y ratificámos nuestro ajuste muchas veces hasta el aniversario, que caía en el último tercio de julio. Amaneció, al fin, sin nubes ni celajes, y el sol siguió toda su carrera, con el brillo que en la canícula deslumbra, y con tanto ardor como en el día memorable que Don Quijote entró en el campo de la caballería andante por el antiguo y conocido de Montiel. En mi visita matutina hice notar al orate el esplendor del astro y la limpidez de la atmósfera, pero él aplazó el extraordinario eclipse para más tarde; en la de ésta me recalqué en la serenidad, ni un

instante enturbiada por leve sombra, y él me replicó poco más ó menos como dijo el otro: aun hay sol en las bardas, exhortándome, fatídico que fatídico, á tener paciencia y observar bien, pues sin falta sucedería lo pronosticado. Vino la noche, que fué tan serena como el día. Al siguiente arremetí contra el infeliz delirante con el arma de mi forzosa argumentación:—*El sol no se oscureció ayer; luego tú te engañaste*—porque yo le tuteaba, como á los reclusos jóvenes á quienes estimo particularmente;—*luego tu predicción fué hija de la fantasía perturbada; luego no es tu entendimiento el sano, sino el mío*. No se aturrulló, sin embargo; antes redarguyendo con una seguridad cándida, á fuer de frenopática, repuso que bien vió él palidecer algún tanto los rayos del sol; que no negaba la posibilidad de que yo no lo hubiese advertido; pero que, en todo caso, si no acá, en otra parte de nuestro hemisferio, era certísimo haberse eclipsado aquel astro.

¿Quién podrá jamás averiguarse con un loco de esta casta? Pues de la misma son todos los monomaniacos, ilusionarios y alucinacionarios.

Mas no siempre Don Quijote.

Llega Sancho á él, que está sin movimiento en el suelo por el tremendo batacazo que acaba de dar acometiendo á los brazos gigantes, y exclama: ; *Válame Dios! ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento? Y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza*. De la del Caballero ha huído ya la ilusión. *Calla, amigo Sancho, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Fristón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada*.

Entre el Andante y el caído y perniquebrado bachiller Alonso López, uno de los que acompañaban el cuerpo muerto, pasa este diálogo: — *Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. — No sé cómo puede ser eso de enderezar tuertos, pues á mí, de derecho, me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras. — No todas las cosas suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve sin duda. Y, al despedirle, le encargó que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho. Es decir, que reconoce el error, si no el delirio, de su concepto.*

Fenecida su batalla con los títeres de Maese Pedro, algo sosegado, prorrumpe en estas palábras: *Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, ¡qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra! A buen seguro que ésta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas*

hoy viven en la tierra! A pesar de que en este breve razonamiento arde aún con vehemencia la ilusión que á Don Quijote unas figurillas de pasta había representado como á personas de carne y hueso, vivas, animosas y corredoras, el astuto de Ginesillo, que hartó conoce el flaco del Caballero, ponderándole el mal servicio que le ha hecho con su valentía, pues le ha destruído la hacienda, lo trae con rara habilidad al extremo increíble de confesar el error de su vista, y enmendarlo generosamente, mostrando una cordura que por maravilla se ve al instante ni aun en los pocos que, desvanecido un acceso maniaco, entran en un intervalo lúcido perfecto. *Ahora acabo de creer lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores, que me oís, que á mí me pareció, todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiferos, don Gaiferos; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno; por eso se me alteró la cólera, y, por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huían; y con este buen propósito hice lo que habéis visto. Si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.*

Estas palmarias inconsecuencias son, además de insólitas en la locura en general, tan contradictorias con la monomanía, que no puedo menos de creer que Cervantes, lejos de incurrir en ellas por descuido, introdujolas de intento con el de cargar la mano en su sátira, remedando las extravagancias, ridiculeces y dislates de palabra y obra, que forman la trama de muchas y

entonces muy celebradas aventuras andantescas; del mismo ingenioso modo que repetidas veces puso en labios del Manchego razones peregrinas en estilo ampuloso y lenguaje revesado y oscuro de cronicón viejo, para mofarse de las que se leen en tantas páginas de los libros de caballerías. Me induce á formar este juicio el hecho de que, bien como no era Don Quijote hombre para dar su brazo á torcer en lance alguno, por apretado y peligroso que fuese, asimismo llevaba siempre la suya adelante, impertérrito, obstinado, ciego en las determinaciones, y mucho más en los errores de concepto ó sentido que á ellas le inducían; de los cuales tampoco fueron parte casi nunca á sacarle advertencias, consejos ni reflexiones del buen escudero, burlas, vencimientos ni porradas de gente fisgona, quimerista ó perversa.

A Palomeque, que le apremia por que le pague el gasto de camas, cena y piensos, confíesale haber vivido hasta entonces engañado pensando ser la venta castillo, y no malo; pero momentos después, al ver llegar al manteado escudero, dícele refirmando el concepto delirante que fué el primer móvil de tanta marimorena: *Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrocemente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo!*

Hallándole derribado y rendido entre las imaginadas huestes de Alifanfarón y Pentapolín, reconviénele el criado con estas palabras: *¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros? ¡Ah! ¿qué habían de poder palabras, cuando del sueño ilusionario no despierta al Caballero ni el dolor de dos costillas hundidas y de tres ó cuatro dientes y muelas arrancados de sus alvéolos, con más la machucadura de dos dedos de la mano, todo por obra de otras tantas peladillas de arroyo disparadas con honda villana? Como eso*

puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetelo, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelo bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero: rasgo, este último, tan acorde con la verdad, tan á cuento traído y con tanta soltura trazado, que, aun si fuese obra de un frenópata, valdríale el más entusiástico palmoteo de sus colegas, pues realmente le honraría acreditando de consumada su pericia y de felicísimo su ingenio.

Yendo amo y criado desde Barcelona para su aldea, encuéntrase con un correo pedestre, que, después de saludar á aquél con muestras de mucha alegría, le dice: *Yo, señor Don Quijote, soy Tosilos, el lacayo del Duque, mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodríguez; y el Caballero exclama: ¡Válame Dios! ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla?* En vano replica el otro: *Calle, señor bueno; que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della; y convidale á beber un traguito de lo caro, y á comer unas rajitas de queso de Tronchón; lo que Sancho, con su buena sed y mejor desenfado, acepta súbito diciendo: quiero el envite, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos, á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. No así Don Quijote, á quien ni esta solapada burla hace mella, antes sigue*

aferrado á su desvarío y da en cara al escudero con su ceguedad. *En fin, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate.* Y éste, añado yo, es el erre que erre de todo ilusionario.

Con tales bellezas bien se compensan aquellos descuidos, ni que sean errores, si alguien, procediendo con extremada exactitud y rigor, hace hincapié en darles este nombre.

Al reparo, no infundado, de que muchos conceptos delirantes de Don Quijote se originaron, como sus ilusiones y alucinaciones, de los acaecimientos, y con éstos fenecieron, puede satisfacerse alegando ser más conforme con la experiencia cierta inestabilidad de los síntomas intelectuales que la inconstancia de los sensorios. Algunas ideas, según expuse arriba, fueron perennes en la locura del Hidalgo cuanto importaba para especificarla por monomanía; y, derivadas ó concordantes con ellas, sobrevinieron de tiempo en tiempo otras; lo cual se ve á menudo, sobre todo en vesanias de historia larga; pero no la mudanza de ilusiones y alucinaciones, de las que harto puede decirse que una vez han tomado asiento en el cerebro, se arrojan sobre él un dominio indiviso y perpetuo, que no ceden ni al más poderoso concepto delirante; y aun cuando, conmovido hasta los cimientos el edificio de la mente, se cuarteja, desmorona y derrumba, ellas continúan siendo señoras, y no caen jamás sino envueltas en las últimas ruinas.

§ II.—SOBRE LA CREDULIDAD Y LA INCRECULIDAD DE LOS LOCOS.

Entre las contradicciones que agitan el entendimiento del loco lúcido, no son las menores por cierto las que resultan alternativamente de una *credulidad* y de una *incredulidad* como instintivas, y por tanto, ciegas, ab-

solutas é invencibles; á saber, credulidad para los errores que parten del delirio ó lo fomentan; incredulidad para las especies que se sugieren, por más que con el desvarío se uniformen ó por su corriente vayan. En la lógica vesánica sólo caben dos criterios: el de la conciencia y el de los sentidos; y así, el orate, en todo cuanto dice relación con su tema, rechaza lo que no son sus propios conceptos ó sensaciones patológicos, ó, más claro, niega el asenso á lo que no conoce su entendimiento, no recuerda su memoria, no concibe su imaginación ó no percibe su sensorio. Una elocuencia demostina, capaz, no ya de poner en armas al pueblo más sufrido y pacífico, ó reprimir los bríos al más colérico y belicoso, sino de apartar á uno ú otro de una inveterada mala costumbre, ó desengañarle de una neicia superstición, cosas estas dos últimas aún más difíciles; una eficacia, digo, para conmover y persuadir, tan fuera de lo ordinario, tan sublime, será impotente de todo punto para convencer á un alienado de que la inteligencia ó los sentidos le engañan; pero tampoco logrará de ningún modo encajarle en la mente una idea delirante sugerida, ni hacerle convenir en la realidad de una ilusión ó alucinación, siquier fueren hábilmente inventadas, oportunas, naturales y acordes con las de la vesania en tal manera, que no parezcan sino nacidas de ella, y aun necesarias para perfeccionarla, si merecía este encarecimiento. Es la locura como un árbol de organización excepcional, en el que ningún ingerto prende, ni los de su mismo género.

Un maniaco hipocóndrico se da á entender que el malestar y dolor de tripas que le atormentan, son causados por unas ranas que dentro de ellas corren y saltan: delirio, por cierto, no inverosímil. A su médico, desengañado ya de la eficacia de todo fármaco para curarlo de esta extraña alucinación visceral, ocúrrele una singular estratagema: propina un purgante al doliente, y, obligándole á proveerse en una bacinilla, á

escondidas echa de antemano en la vasija algunos batracios de aquella especie; conque poniéndolos después, en su tiempo y sazón, á la vista del enfermo, pídele albricias de haberle librado para siempre del molesto y peligroso mal, haciéndole arrojar la materia pecante. Queda absorto el cliente, como quien ve visiones; pero convencido y curado, todo á una.

Este caso clínico dejó estupefacto al orbe entero, ignoro cuándo, pero sé cierto que tal cual lo he referido, ó con variantes de poca monta, comenzó á contarse en una edad ya muy remota, y las sucesivas han ido repitiéndolo y celebrándolo como á una victoria y portento de sagacidad médica. Ahora, ó han cambiado los tiempos, ó han cambiado los locos. Ahora, no me cabe duda en que, si se usase el mismo tratamiento moral en un caso idéntico, dado, y es mucho dar, que el alucinacionario hipocondriaco, asintiendo al dictamen facultativo, se regocijase contemplando en el fondo del cacharro los pernilargos huéspedes lanzados por fuerza mayor del abdominal albergue; muy pronto, quizás al instante, volvería á poner el grito en el cielo, asegurando que todavía, sin duda alguna, quedan en sus intestinos otras ranas, que le inquietan tanto ó más que las recién expelidas; y acaso, acaso añadiría que, si á éstas sentía sólo removerse, á las remanentes siente removerse, morder y graznar.

Dicho está ser numerosos los orates que, por alucinaciones del tacto, atribuyen á personas invisibles golpes y dolores, sin duda imaginarios, que sienten en varias partes del cuerpo. Supongamos uno que, al visitarle se me queja de una odontalgia atroz, real y positiva, que en toda la noche no le ha concedido un momento de tregua para descabezar el sueño; y yo, que, por vía de exploración diagnóstica, aprovecho toda oportunidad para dar cuerda á cada cual, aunque con prudencia y mesura, le digo con tono de convicción y lástima:—*¡Vaya! los muy bribones no os dejan á sol*

*ni á sombra: no satisfechos con andar de continuo so-
bándoos el cuerpo, se os han metido ahora en la boca:
¡mala peste en ellos! Pues ¿sabéis lo que me replicará
con mucha formalidad y tiento? ¡Oh! sí, como si lo
oyera de nuevo, pues muchas impugnaciones semejan-
tes he oído:— ¡Quidá!, señor; está V. muy equivocado:
no mezclemos berzas con capachos: uno es sufrir
malas cosquillas ó aporreos de enemigos invisibles, y
otro tener dolor de muelas. Y cuenta, que hacerle una
contrarréplica sería no más que gastar palabras.*

La constante incredulidad de los orates para las abe-
rraciones no originadas de su delirio, y, por consi-
guiente, no percibidas por su sentido íntimo, me induce
á reputar como inverosímiles ciertos actos de Don Qui-
jote, y en especial dos; acerca de los cuales, sin em-
bargo, me asalta la duda de si con ellos quiso también
Cervantes echar el resto de la mentecatez de su héroe,
para hacer otra imitación ridícula de las necedades de
los caballeros andantes, que pusiese en burla más y más
á los frenopáticos ingenios que las imaginaron, y al pú-
blico que, por perversión vesánica del gusto, con ellas
se saboreaba. Yo entiendo que en esto pecó de malicio-
so, que no de ignorante.

Despierta Don Quijote, y, no pudiendo menearse
por estar muy bien atado de pies y manos, y contem-
plando los extraños visajes de los circunstantes, que se
han cubierto los rostros y puesto disfraces, cree que
estas figuras son fantasmas del encantado castillo, y que
sin duda también él está encantado, como así se lo da á
entender é incidentalmente se lo declara una voz teme-
rosa, con las razones más á propósito para calmar su
cólera, si la hubiese sentido, halagándole el amor pro-
pio é infundiéndole la más dulce esperanza. No poca
credulidad es; pero mayor todavía la que muestra
cuando, encerrado en la jaula y subido en el carro de
bueyes, vuelve sobre sí diciendo: *Muchas y muy gra-
ves historias he yo leído de caballeros andantes; pero*

jamás he leído ni visto ni oído que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube ó en algún carro de fuego, ó ya sobre algún hipogrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios, que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar á los encantados. En todo este razonamiento un sentido dubitativo sustituye al afirmativo de la monomanía: mudanza que no sienta bien al carácter general constante de la vesania. Termina el Hidalgo su discurso preguntando: ¿Qué te parece desto, Sancho, hijo? Lo que le parece al escudero es, que tan encantado como su madre va Don Quijote; á quien, más adelante, levantando el velo que oculta la verdad, por la única punta que el diligente rústico puede coger con la mano, llega á advertirle en estos términos: Señor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamiento, y es, que aquestos dos que vienen aquí, encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar y el Barbero; y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. No atándose Sancho al texto del adagio, da una en el clavo y sólo otra en la herradura, nó las ciento que los necios parlanchines; mas Don Quijote, como el peor sordo, que es el que no quiere oír, desatendiendo la voz del escudero, y escuchando únicamente la de su imaginación desvariada, trata de sacarle del error con otro ra-

zonamiento en que explica la facilidad de los encantadores en transformarse, y cuya idea capital expresan estas palabras: *En lo que dices que aquellos que allí van, y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera... Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices; porque así son ellos como yo soy turco.* En fin, el criado, que, por su ingénita malicia, antes que por el testimonio de los ojos y el alcance del entendimiento, no se aviene á creer en el encanto, prueba á desengañar á su señor objetándole que no hay tal, supuesto que come, bebe, habla y tiene gana de hacer alguna otra cosa que peor fuera menealla: argumento decisivo, al que, sin embargo, replica el Andante confirmando sus disparatados conceptos: *Verdad dices, Sancho; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé ó tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.* Ni una vez cae en la cuenta de que á la inmovilidad le fuerzan las ligaduras; por el contrario, añade que quien está, como él, encantado, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiera, pues el que lo encantó puede impedirle que se mueva de su lugar en tres siglos; y, si hubiere huído, le obligará á volver en volandas. No discurren así los locos

lúcidos; ni el mismo Don Quijote, trascurrida apenas una hora, se pára á considerar si su anómalo estado le concede la libertad necesaria para habérselas con el cabrero Eugenio, y luego arremeter contra los disciplinantes: prueba manifiesta de que la idea de la violencia que con él se comete, no ha llegado á arraigársele en el magín, cual las que brotaron espontáneamente del delirio; pero prueba todavía mayor de que Cervantes más atendió en todo esto al gracioso movimiento de la narración, que no á la inquebrantable consecuencia de los fenómenos vesánicos.

Hoy no se usan encantamientos, por lo menos, como los que á cada encuentro, por arte é inquina de endiablados magos, daban al traste con las empresas y valentías de los caballeros andantes; pero se cuenta y se cree haber aún otro género de extraños maleficios, pues á muchas personas entre el vulgo, y, lo que nadie pensaría, entre el no vulgo, á muchas más de lo que parece consentir la despreocupación general puesta en moda por el moderno filosofismo, traen recelosas de su propia sombra las de hechiceros y aojadores; ni tampoco falta quien, ignorante ó taimado, refiera portentos y milagros del sueño magnético. Al melancólico hipocondriaco, cuyos padecimientos, para él atroces é insufribles, le arrojan al extremo de la desesperación, y cuyas causas ve, como con una lente de potencia ignota, en el imaginario trastorno general del organismo; decidle que su enfermedad no lo es, sino engañosa apariencia, negro artificio de la hechicería ó siniestro influjo de un aojo. Al alucinacionario, que afirma que implacables enemigos asisten á un aposento pared en medio del suyo, y les oye echar sapos y culebras, y confabularse para jugarle una mala pasada; asegúradle que en todo esto no hay otra realidad sino la de que está sumergido en un sonambulismo magnético, que da á su tímpano una agudeza excepcional, con que percibe las voces y ruidos á través de los cuerpos más

macizos. Decídselo y repetídselo y jurádselo, y yo os fío que ninguno de los dos aflojará un punto en las preocupaciones que le desasosiegan; ni todos los argumentos científicos, ni todos los ejemplos de casos iguales convencerán al uno de que sea víctima de la malignidad de una bruja, ó padezca el mal de ojo; ni al otro de que un magnetizador le tenga reducido á continua soñarrera. El loco de atar, en el significado literal de esta locución, que, por sus conatos dañinos ó raptos de furor, lleva puesta la camisa de fuerza, ¿ creéis que, en alguna ocurrencia, la imposibilidad de acometer y de defenderse en que se halla, la explicará andándose por las ramas de impedimentos ilusorios ó tenebrosos maleficios? ¡ Quimera! la atribuirá, con la certidumbre y resolución del cuerdo más despierto, á las ataduras que le embargan el uso de los miembros superiores y muchos movimientos del cuerpo. Sí, que no saben los orates lúcidos dónde les aprietan los lazos.

Bien dijo una vez Don Quijote, ensalzando las cualidades de Sancho, que tenía malicias que le condenaban por bellaco, y que, cuando parecía ir á despeñarse de tonto, salía con unas discreciones que le levantaban al cielo; pues, por cierto y por la verdad, harto mereciera el título de prohombre en un gremio de discretos y astutos quien supo, con un embeleco oportuno y sagazmente concertado, poner fin y remate al negocio imposible que le había cometido su señor enviándole á la princesa del Toboso, después que de esta ciudad salieron entrambos sin haber logrado dar con la señora ni sus alcázares. Pasarse de listo fué el ir llevando casi de la mano al amartelado Caballero hasta el lance en que no viese ascua de oro, mazorcas de perlas, diamantes, rubíes, telas de brocado y cabellos como rayos del sol en la apostura y adorno en que la inventiva del escudero pintó á Dulcinea, de cuales primores fingía el pícaro no quitar los ojos; sino que, contemplando delante de sí á una aldeana carirredonda y chata,

hombruna y brincadora, zafia, arisca y mal oliente, viniese á convencerse, con las socorridas razones de su mismo delirio, que tal era de fea la cara y de desgarrada la figura en que la hermosa y gallarda de su dama habían vuelto los malvados encantadores. Dos veces lo dijo entonces explícitamente, y repitiólo en otras ocasiones. *Levántate, Sancho; que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento á esta ánima mezcquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón, que te adora!, ya que el maligno encantador que me persigue ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos, y no para otros, ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre; si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora..... Sancho, ¿qué te parece! ¡cuán mal quisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser á mi señora.*

Tampoco con tanta credulidad obran en ocurrencia alguna los locos de amor, ahora lo hayan puesto en una mujer de veras, ahora en una imaginaria. Ciertamente, aquéllos no tomarán jamás á otra por la suya, ni con trastruecos ni suposiciones se dejarán engañar de su padre que fuere. Menos aun los que adoran una dama quimérica. Don Quijote forjó en su fantasía á Dulcinea, con vagos recuerdos de un amor indeciso y antiguo, é hizo un sér en que reunió todo lo ideal de la perfección femenil; y desde aquel punto este sér tuvo, en la mente del Caballero, realidad de concepto delirante, mejor deter-

minado que los demás, fuera del principal, que daban carácter y forma á la locura. Sí, Dulcinea es un elemento de la monomanía de Don Quijote. Por esto su existencia y sus dotes son fenómenos que concuerdan admirablemente con todos los esenciales de la vesania: tan fantástica es la una y tan raras las otras, como quimérico el destino del Caballero y ejemplares sus cualidades; y con tanta tenacidad está arraigado en su mente el concepto falso de la señora, con las perfecciones, gracias y grandezas que la exaltan y califican de sin par en el mundo, como los que á él mismo le pusieron las armas en las manos, y le lanzaron al campo en demanda de aventuras y gloria. Ninguna de cuantas personas hicieron por desvanecer los errores patológicos de Don Quijote pudo jamás arrancarle una palabra por la que se coligiese que flaqueaba, ni siquiera momentáneamente, su persuasión de que había venido al mundo para convertir nuestra edad de hierro en la de oro, resucitando la caballería andante; que imploraban su amparo y socorro los desvalidos y los cuitados; que á sus fuerzas sólo las sobrehumanas podían sujetarlas; que sus hazañas dejaban oscurecidas las más resplandecientes que referían las historias; y que, por su destreza, valor, arrojo y sufrimiento, era norma, espejo y luz de caballeros. Así, Dulcinea, concepto morboso igual á todos éstos, había de ser necesariamente como la formó la imaginación delirante de Don Quijote, y como él la pintó repetidas veces con colores tan vivos y risueños. Ni aun había de poder concebir que ella existiese sino como en el fondo de su alma enamorada la estaba viendo de continuo. Por lo mismo, había de rechazar toda figura de aquel sér, pues, por muy excelente que fuese, de ninguna manera podía amoldarla al arquetipo de belleza que llevaba guardado en el cerebro; cuanto más que con lo absoluto de una idea delirante por maravilla se compadece lo relativo de su representación corpórea. Así pues, tengo por irregular ó repugnante al proce-



dimiento de generación de la locura, que Don Quijote, desconociendo su propia obra, asintiese, por simple testimonio ajeno, á que una labradora fea, huraña, mal razonada y baja fuera su excelsa dama, ni aun momentáneamente metamorfoseada por arte diabólica de encantadores; cuya repetida intervención, además, en las cosas de nuestro héroe, tampoco parece ir, como queda indicado, con la verdad de los fenómenos esenciales y accidentales del delirio. En todo esto el Caballero muestra ser un cándido, mas no un loco.

§ III.— SOBRE LA SUSPICACIA Y LA INSOCIABILIDAD DE LOS LOCOS.

Tienen los orates dos cualidades muy notables y casi constantes, en las que, sin embargo, no se ha parado la consideración tanto como pedía su importancia de datos secundarios, por lo menos, para el diagnóstico, en general; y son la *susplicacia* y la *insociabilidad*: las cuales ya se cae de su peso que sólo se entienden con los lúcidos, pues, respecto de los torpes ó enteramente enajenados, no pueden expresarse con aquellos nombres su desconfianza, esquivéz ó incapacidad absoluta para la comunicación ó correspondencia con toda clase de gentes.

Nadie, que no haya asistido locos, puede calcular hasta qué punto ciertos maniacos y casi todos los alucinacionarios, al principio de su trato con personas extrañas ó desconocidas, y hasta frecuentemente con las propias y conocidas, andan sobre aviso en orden á no soltar especie alguna por la que pueda descubrirse ó rastrearse la aberración que les perturba. Diríase que saben bien todos los caminos que llevan al conocimiento de ella, y los tienen cerrados para atajar el paso á imprudentes, indiscretos, curiosos, y más todavía á aquellos de quienes presumen que, por su ministerio, les está cometido el inquirirla. Suelen retraerse, evitan conversaciones, y, si por fuerza entran en alguna, sos-

tiénela de mal grado con monosílabos secos; pero, cuando esto no es posible, hablan poco, miden las palabras y pronúncianlas á veces con reparable titubeo, como si su entendimiento se recelase de su lengua. Parecen leer en los ojos de todo interlocutor el concepto dudoso ó desfavorable que con la plática va formando del estado mental en que se hallan; y, á pesar de esto, atentos á disimularlo, niegan aún los hechos que lo evidencian, ó se afanan por darles una interpretación arbitraria, ridícula y acaso violenta, en sentido probatorio de la sanidad de juicio. Y, lo que es más extraño, hay monomaniacos que hacen del desentendido ó indiferente hasta si se les pone en el disparador de su tema, á la que, por lo general, no puede tocarse sin que, por impulso propio y característico de la especie, al momento salgan fuera de tino. Por caer tal vez en un renuncio ni los unos ni los otros se desconciertan, antes tratan de justificarlo redarguyendo al que en él los ha cogido, ó, si quizás advierten que están alcanzados de argumentos, cortan ó terminan la discusión metiéndola á barato.

Esta suspicacia, grito de alerta de la cordura subsistente en la locura, ó dígase manifestación externa de la lucha entre el yo fisiológico y el yo patológico, es un obstáculo que dificulta sobremanera el diagnóstico; aunque, mirándolo bien, en medio de ser un dato indirecto, constituye, por su concomitancia notoria, casi indefectible, con los directos ó síntomas esenciales de ciertas especies vesánicas, un indicio vehemente de su existencia.

Así se comprende cómo, á pesar de observaciones prolijas, pasen tal vez muchos días antes que se logre conocer á punto fijo la locura de personas que son admitidas en los manicomios, sobre todo en los públicos, mediante expedientes de reclusión, á menudo incompletos ó poco explícitos en la parte facultativa. Sin embargo, tarde ó temprano á todas les llega el *cuarto*

de hora del loco: denominación con que yo significo el tiempo breve, la coyuntura inopinada, la ocasión propicia en que el presunto enfermo, por una ocurrencia fortuita, provocación ajena, exceso de dolor moral, cansancio de reprimido sufrimiento, arranque de enojo ú otra circunstancia cualquiera, rompe de súbito á declarar las aprehensiones y errores que le atemorizan, atormentan ó combaten; bien así como canta de plano un acusado oprimido con el peso de los testimonios y pruebas de su falta. Comunmente este cuarto de hora da bastante de sí para hacer el diagnóstico cabal de una psicopatía hasta entonces oscura, equívoca ó problemática.

Por el contrario, hay orates á quienes la exaltación ó el carácter expansivo de su delirio, la arrogancia de su índole, un sentimiento de bienestar ó superioridad absoluta y una insolencia originada de ella, con los que junta ó separadamente suele salir á lo exterior el predominio del yo patológico; los arrastra, no sólo á absolver en derecho y con ingenuidad todas las preguntas del interrogatorio pericial que se les hace para explorar su estado psíquico, sino á espontanearse con cualquiera respecto de sus conceptos y sensaciones morbosos, y aun á cogerle al paso para referírselos, como gozándose ó envaneciéndose con ellos.

A esta clase de locos ingenuos, no á la otra de suspicaces, pertenece Don Quijote; pues al primer encuentro saca el pie de que cojea, declarando su nombre y renombre, patria, profesión, enamoramiento, hazañas, deseos, propósitos y esperanzas á cuantos por alguna de estas cosas le interrogan; siendo casi siempre más explícitas y minuciosas las respuestas, que acaso esperaban los que le hicieron las preguntas. La sospecha ó duda que en el ánimo de quien le ve por primera vez infunden su anacrónica armadura y extraño continente, parece que el mismo hidalgo se adelanta á convertirla en certidumbre con sus desvariadas ideas; y

apenas dice un discurso sensato, tal vez erudito, testimonio de su buen juicio é instrucción, sin desautorizarlo, en cierto modo, pegándole un epílogo de locura caballescaca.

Un miserable puñado de bellotas le inspira una arenga sobre la edad de oro, cual no la soplara en nuestros tiempos la Musa del decir bien, excitada por el aroma del mejor Moka: arenga que así entienden los cabreros como el negro del adagio hubo de entender el consabido sermón; peregrino razonamiento, modelo de prosa castiza y galana, al que da fin con una salida del tono cuerdo por entrada en el desafinamiento frenopático. *Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la Orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta Orden soy yo, hermanos cabreros.*

Al encontrarse con don Diego de Miranda, nota al punto la atención y asombro con que le mira, y, primero que sea por él preguntado, le sale al camino diciéndole: *Esta figura, que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo, cuando le diga, como le digo, que soy caballero destes que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería; y há muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo.*

Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares de veces, si el cielo, no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura. Relación por todo extremo bella en el concepto médico-psicológico; donde están expuestos, con fidelidad y concisión admirables, el síntoma primordial de la monomanía, la pasión exaltante peculiar de ella y los fenómenos psíquicos que son sus consecuencias inmediatas; á saber, el sentimiento exagerado de superioridad personal, la alabanza propia y vana jactancia por hechos, verdaderos unos, quiméricos otros ó puramente fantásticos, como los que á menudo se atribuyen y publican los locos con desembarazo, firmeza y alarde que parecen poner remate y coronamiento á su delirio; siendo, en realidad de verdad, enormes mentiras frenopáticas, ni más ni menos que las desafortunadas que en su breve discurso encajó el Manchego.

Con todo esto, si va á decir lo que la experiencia enseña, falta de toda suspicacia, y, por el contrario, espontaneidad absoluta, una y otra cuales las de Don Quijote en el primer momento de su trato con una persona á quien no conoce ni ha visto de antes, aunque no esencialmente impropias del estado monomaniaco, son raras ó muy poco comunes.

No así la insociabilidad: carácter que, en grado alto ó bajo, ofrecen casi todos los orates, mayormente los lúcidos, y que, como tantas cosas, tiene su contra y su pro: contra, para ellos solos; pro, cuándo para ellos, cuándo para los cuerdos.

La vida psíquica del loco se resume en su delirio, que, siquier sea parcial, como el monomaniaco, el melancólico y el hipocóndrico, por su virtud patogénica, progresiva é invasora, va alterando poco á poco todas las facultades y acaba por generalizarse; ejerciendo

simultáneamente tal influjo sobre el organismo, que lo conmueve y menoscaba, y á la larga lo consume y aniquila. ¡Quién lo diría! una idea fija es no pocas veces una enfermedad mortal. Fuera de que casi todos los actos del alienado se resienten más ó menos del trastorno de la inteligencia ó sensibilidad, éste suele dar origen á una mudanza tan grande del carácter, pensamientos, aptitudes, apetitos, deseos, gustos y pasiones del que lo padece, que con mucha razón es tenida por síntoma confirmatorio de locura, acaso por otros sólo vagamente indicada. Suele comenzar esta mudanza, como ya he dicho y repetido en otros capítulos, por el afecto melancólico, cualesquiera que sean las formas específicas de los padecimientos, incluso aquellas cuyo delirio propio es alegre, inquieto, agitado ó furioso. Exaltante, empero, ó depresivo, transforma moralmente al sujeto de modo, por lo común, que no parece haberse verificado un simple cambio accidental, aunque profundo, sino un truco, ó, como se dice en Medicina forense, una sustitución de persona. Vuélvese reservado el comunicativo, gárrulo el taciturno, bullicioso el quieto, arrebatado el apático, entrometido el retirado, petulante el circunspecto, audaz el tímido, irascible el sufrido, cobarde el valiente, pacífico el pendenciero, dañino el inofensivo, blasfemo el piadoso, pródigo el avaro, y á la inversa. Y con añadir lo que yo mismo no creería sin haberlo presenciado, que la madre desconoce al hijo, que de sí le aparta, da muestras de aborrecerle; quizás le maltrata, quizás impasible le contempla enfermo; tal vez no derrama una lágrima sobre su cadáver, tal vez se ríe.... ¡Oh! ¡basta! ¡basta!; que con esto queda dicho con terrible elocuencia, por modo de resumen y último término de ponderación, todo cuanto decirse pueda en orden á mudanza de ideas, sentimientos y afecciones originada de perturbación frenopática. Porque, no hay duda, de locura, locura profundísima, locura máxima, ha de ser

forzosamente síntoma inconcuso, inequívoco, patognómico, la anonadación y siquier el menoscabo del amor materno; del amor que absorbe é identifica consigo el alma de la mujer, y es el aura de su vida; que aligera las pesadumbres, endulza las amarguras y acalla los dolores; que acepta regocijado el sacrificio, y á consumarlo corre anheloso; que lleva la abnegación hasta el heroísmo, y el sufrimiento hasta la santidad; que no fallece al cruel herir del desengaño, de la ingratitude ni de la injuria; amor por excelencia en lo humano; sublime amor, en fin, que si, corrompidos y desnaturalizados los amores, pudiesen en un inconcebible cataclismo, sobreviviría radiante, vigoroso, potente, como una especie salvada por la providencia de Dios para reproducir con ella los sentimientos y afectos puros, y regenerar el mundo moral.

Vive, pues, el loco con su delirio y por su delirio; y aunque en el fondo de todos, hasta del alegre é insensible, hay un germen de tristura y dolor, en el delirio parece gozarse con una como voluptuosidad semejante á la que, de extraña manera, causa la melancolía. Ello es que, por una parte, el delirio le domina, y, por otra, él lo fomenta, ya combatiéndolo en lo íntimo del alma y con la pugna acrecentándolo, ya sometiendo á su imperio afecciones y pensamientos. Diríase que sin su delirio no se hallaría, y que con él está en su centro. Es un cautivo que de todo se queja y lamenta, menos de la cadena que le aprisiona y lastima.

De su absorción continua en el delirio derivanse, ahora la agitación y furor, que le hacen repulsivo y temible; ahora el ensimismamiento, indiferencia y desvío, que le apartan de toda compañía; sin que de estos afectos pueda desasirse, aunque tal vez, por el lugar ó la ocasión, los aplaque y disimule. En rigor, el orate está siempre solo: solo con su locura. El egoísmo, sentimiento predominante de todo enfermo, sea de la clase que fuere; tiénelo elevado el loco á la máxima poten-

cia. El mundo es él. Por esto sus relaciones con el mundo real son flojas, vagas ó nulas; no siente inclinación al trato ni á la comunicación con los demás, ni cuerdos ni enajenados. Adolece de insociabilidad. Ésta es la regla general: sus excepciones, menos de lo que parece; y, por la mayor parte, sólo aparentes.

De aquí traen origen muchos hechos curiosos. Escribiré á vuela pluma de algunos, no inventados sino recogidos en mis observaciones. Sólo en el artificio de su ordenamiento y combinación intervendrá mi fantasía.

Entrad en una casa de orates.

¿Veis la sección de los tranquilos, que son numerosos, y están sentados trabajando en una labor común? Pues cada cual la hace por su cuenta, sin curarse de los compañeros que tiene á los lados y enfrente, ni quizás advertir que los tenga. Contad cuántos son y sabréis cuántas individualidades hay en la cuadra, que piensan y viven por sí y para sí, independientes y ajenas á las demás, y á todo lo que pasa en torno. Cuantos recogidos, tantas personas solas. No parece sino que para el loco escribió Zimmermann, el apologista algo más que melancólico de la soledad, que el hombre puede hallarla en medio de la mayor concurrencia. Proseguid la observación: preguntad á uno, zaheridle, reprendedle, sujetadle; indagad luego el efecto que esto ha hecho en el recluso del lado, y á buen seguro de cada diez veces que lo inquiriereis, las nueve veréisle ir por los cerros de Úbeda, ó responder, no al caso del compañero, sino al delirio que á él le hurga, dando claras muestras de estar tan al cabo del hecho ocurrido, como quien, por la algarabía de su casa, no oye la grito y baraunda de la del vecino.

El tañido de una campana avisa que ya es hora de suspender el trabajo. Salen todos de la pieza, y, echando cada cual por su lado, desparrámanse por la sala contigua y los patios, donde toman posición y actitud, que suelen ser siempre las mismas en un mismo indi-

viduo. Siéntase éste, y habla consigo solo; tiéndese aquél sobre un banco, y tal vez dormita; uno anda y desanda lo andado, ó va sin pensar adónde y vuelve sin saber por qué; otro se queda derecho é inmóvil en un rincón, como estatua en nicho; cuál contempla las plantas; cuál, no levantando los ojos del suelo, y recorriendo escondrijos, recoge y guarda retales, piedrecitas y cosas sucias; quién acude á la puerta de entrada y salida, querencia de muchos; quién, recatándose de los circunstantes, ataruga los ojos de las cerraduras con pedazos de papel, huesos ó chinitas; la de este lado se entretiene con una muñeca que ha hecho de trapajos; la de aquél se engalana con arrapiezos que recogió entre los desperdicios de la guardarropa; el de aquí acaricia y con su gorra ó pañuelo hace blanda y caliente yacija á un gato, que ha sabido amansar y encariñarsele; el de allí saca de la faltriquera un libro y se pone á leerlo, ó hace que lo lee sin saber una letra; pero éstos y todos, cualesquiera que sean sus actos, pasatiempos ó distracciones, continúan entregados á sí mismos, y de lo exterior casi enteramente abstraídos. ¡Cosa singular! ¿veis esos dos que se han juntado en amistosa compañía, que caminan y departen á porfía, como los que tienen una conversación interesante y animada? Pues, ni por pienso: cada cual habla lo suyo, esto es, habla lo de su tema, sin atender, ni oír, ni, por lo mismo, contestar á lo que dice el compañero: y tan satisfechos y regocijados ambos; y así pasean y parlan hasta que la campana les llama al comedor ó al dormitorio.

Acercaos á esta mesa, donde cuatro echan una mano de malilla, por supuesto jugando á las bonicas, porque en ninguna casa de orates bien gobernada se permite mediar ni el interés de un miserable ochavo marroquí; aunque no es posible impedir que entre mangas se atravesese de vez en cuando algún cigarrillo de papel. Los que lo entienden —no yo, que no sé juego alguno de naipes, excepto el burro, y aun apenas conozco más que

las fichas del dominó, los escaques y las piezas de las damas, — dicen que los cuatro son buenos jugadores, y uno, en especial, puede dar ventaja no corta al más pintado. Observadles. El primero dirige al soslayo miradas de enojo á la portería: cree que allí está su mujer, que le trae tabaco, y se lo escamotan y fuman los sirvientes. El segundo musita: es que pone como un trapo á los faramallones que le armaron zancadilla para meterle en el manicomio, cárcel para él como para Don Quijote las ventas eran castillos. El tercero manotea al modo de quien sacude una mosca que le pica en la cabeza ó el cogote: pues piensa atrapar el instrumento con que le araña estas partes un pícaro que la ha tomado con él, y, guardando la cara, le hostiga y consume la vida. Con todo esto, ninguno de los tres comete chambonada. El cuarto, el jugador maestro, más loco que ellos, parece haber floreado el naipe, pues siempre saca el que ha de ganar; y, mientras baraja en su entendimiento los nueves y el palo de triunfo, é imagina las combinaciones con que vendrá á alcanzarlo; en la mano izquierda tiene las cartas, con la derecha las va tirando, y, en el hueco de una á otra jugada, con la boquilla de la pipa hace que escribe arrebatadamente sobre la mesa ó el banco, aunque no sabe leer, cartas á su familia, órdenes á sus criados, amenazas á sus enemigos ó telegramas al gobierno. No, sino intente alguno, levantando por demás los puntos, dar al maestro cuchillada: noramala para él, que habrá de sufrir una acerba reprimenda en que el otro le eche en rostro sus pifias, amén de apuntarlas en la tabla. A lo mejor, ármase una de voces y recriminaciones, por el naipe que soltó éste cuando no debía, ó por el que guardó aquél cuando le estorbaba; forzosa contienda de jugadores, orates ó cuerdos, y salsa de todo juego: allí es de ver con qué cordura defiende cada cual á puño cerrado el honor de su bandera; mas, antes que llegue la sangre al río, y sin intervención ajena, apacíguase el alboroto,

vuelven á repartirse las cartas, y ellos á ser locos dividiendo la atención entre el jugarlas y el proseguir en sus respectivos devaneos.

Cierto que no todos los orátes son así, ni estos últimos están siempre del mismo talante, sino que, al contrario, algunos, atraídos por la novedad de vuestra presencia, os recibirán con mucho agrado, os acompañarán en la visita de su sección, os rogarán que intercedáis ó deis tales ó cuales pasos para obtener su libertad, y no faltará tal vez quien os pida por Dios: y, si les ponéis á la vista tabaco, renglón siempre escaso en los manicomios, del que tienen hambre casi todos los albergados, y que á menudo calma mejor un acceso de agitación que los bromuros, clorales y narcóticos; al momento ganaréis su voluntad, y os seguirán de mil amores, prodigando saludos y deferencias. A otros veréis hacer trabajos de oficios varios que requieren la acción combinada de muchos brazos y entendimientos; concurrir á la escuela y dar lecciones en común y á competencia; y tal vez ejecutar algún sencillo concierto de música instrumental y vocal, con afinación y buen gusto. Pero, aun en medio de la sosegada comunicación con vosotros, y de estos ejercicios ó diversiones, observándoles atentamente, en los semblantes de los más echaréis de ver sombras y en sus ademanes rarezas, ó en sus razonamientos oiréis especies, que, cuando menos, os darán á presumir el desorden de sensaciones ó ideas que los perturba, y el individualismo que los disgrega.

Si no hallasteis sociabilidad en la sección de los tranquilos, excusaos de ir á la de los agitados, y más á la de los furiosos; cada uno de los cuales, si en aptitud estuviese de penetrar el objeto de vuestra visita y reconocimiento, y decir alguna razón concertada, podría salir al camino aconsejándoos bonitamente que no pidiereis cotufas en el golfo.

He indicado arriba que la insociabilidad de los locos tiene su contra y su pro. Es, en efecto, una desventaja

grande para ellos, porque obsta á la realización de algunas combinaciones del tratamiento moral, que podrían intentarse con probabilidad de feliz éxito, dirigiendo el trato mutuo de los reclusos, los afectos y amistades que de él nacerían; fomentando más ampliamente que ahora el amor propio, el estímulo del buen ejemplo, la emulación en la observancia de los preceptos facultativos y reglamentarios, acaso la rivalidad en el trabajo; y, en suma, dando empuje á todo lo que levanta el espíritu con la fuerza de la imitación, la cual es más poderosa de lo que, por lo común, se cree en enfermos y también en sanos de juicio. Para cuerdos, no obstante, y para locos es una ventaja que éstos vivan retraídos, aislados, sin intimidades, apegos ni relaciones recíprocos, porque si fuesen sociables..... ¡oh! entonces no habría manicomios, no podría haberlos, sino, en lugar de ellos, cárceles celulares, más fuertes y estrechas que las que se usan ahora para los mayores criminales: las enrejadas gavias ó jaulas serían su habitación natural y necesaria.

Pues, por otra parte, si á los orates, en general, disgrega y aísla su abstracción ó ensimismamiento, á los lúcidos reclusos, en particular, parece reunir y hacer iguales un anhelo que embarga sus potencias; que sojuzga sus afectos; que acaso sobrepuja á sus aberraciones; que incesantemente les agujonea; que ora les anima, ora les descorazona; que resume y unifica todas sus esperanzas: el anhelo de libertad, el anhelo de salir del manicomio, donde se juzgan encarcelados, ya por malevolencia ó torcidos designios de deudos ó falsos amigos, ya por arbitrariedad de gobernantes, cuándo por yerro de médicos, cuándo por codicia de los que intervienen en la dirección del asilo, y siempre, según se deduce, injustamente. Poco importa que la casa de orates sea pública ó particular; modesta y sencilla, como un establecimiento de beneficencia, ó magnífica y lujosa, como la quinta de un magnate; poco importa

que el loco haya recobrado en ella el sosiego que, en medio de la sociedad, le robaron preocupaciones, pesares, trabajos, penuria, vicios acaso, y muy en particular el choque de sus ideas fantásticas con las realidades de la vida; poco importa todo esto, pues acá y allá, sea el asilo un hospital, sea una casa de recreo; reciba el alienado asistencia, respetos y agasajos superiores á los que puede pedir su condición, ni quizás recibió nunca de sus allegados; constantemente suspira por la libertad, y con vivas y repetidas instancias la solicita del médico, de los dependientes y hasta de los visitantes, anteponiéndola á todas las comodidades y bienestar, siquiera conozca que con ella vendría á caer en el anterior estado, acaso precario, desvalido ó miserable.

Esta reclamación no la oigo yo solamente en mi Manicomio, sino que jamás deja de hacerseme por uno ú otro recluso cuando entro en el de *San Baudilio* de Llobregat, en el *Nuevo Belén* de San Gervasio ó en el *Instituto frenopático* de las Cortes de Sarriá, aun siendo establecimientos que convidan á disfrutar de las delicias con que recrea la vista, explaya el espíritu y vigoriza el cuerpo una situación admirable y realizada con los atractivos de amena campiña, suave ambiente y límpido cielo, cuales en pocas comarcas del mundo se han reunido para hacerlas sanas y hermosas. A iguales demandas, y con el mismo ahinco esforzadas, he tenido que atender aparentemente en todos cuantos manicomios he visitado, que no han sido pocos, en el resto de España, en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda, en Prusia, en Austria, en Suiza, en Italia; y los locos del de Viena, que es un palacio; del de *Meer en Berg*, cerca de Haarlem, que parece la residencia campestre de un príncipe; del de *Neufchâtel*, gracioso como un *châlet*, asentado sobre el campo de plata que le hace el lago de Brienne; y del de *San Sérvolo*, semejante á un yate que se ha detenido en su derrota para holgarse contemplando el panorama hechicero y único

del puerto y los islotes de Venecia; todos los reclusos de estos manicomios no me han instado menos que los de *Bicêtre* y de *La Salpêtrière* en París y de *L'Antiquaille* en Lyon, á quienes puede excusarse el disgusto que les causa la estancia en asilos que son los sobrevivientes del sistema antiguo, los últimos representantes de aquellos hospitales ordinarios, fortalezas y cárceles en que, más por providencia gubernativa que con propósito terapéutico, eran encerrados los orates. A la verdad, llama la atención que no pocos, discurriendo con mucha sensatez, digan que preferirían estar echados á presidio que recogidos en el manicomio, fundándose en que su reclusión en el primero tendría el término prefijado por la sentencia de un tribunal de justicia, y no que en el segundo pende del arbitrio de quien lo gobierna, es indefinida y puede ser perdurable.

Ahora bien, á personas sin juicio, quizás inflamadas de pasiones aviesas, quizás embrutecidas por perversión de los instintos, perdidamente anhelosas de recobrar la libertad, propensas á comunicarse y entenderse entre sí, fáciles de trabar intimidad y confabularse, ¿quién tendría poder para someterlas á un método curativo, ni autoridad para gobernarlas? ¿Cómo podrían prevenirse sus celadas parciales, ni sobre todo afrontarse sus acometimientos en masa, ataques más formidables y espantosos que los de una hueste bien ordenada, aguerrida y temeraria, sino rematándolas á reclusión individual absoluta y perpetua, con cerrojos y rejas, grillos y cadenas?

Fortuna grande, que en una casa de orates, por más numerosos que ellos sean, no haya colectividad, en la acepción moral de este vocablo, sino individualidades. Sí, que para la mancomunidad los locos no son sumandos, sino, al contrario, cantidades que, por heterogéneas, no pueden dar el resultado de una adición aritmética. Su ensimismamiento les impide la unión, y, por

lo tanto, les quita la fuerza. Hé aquí uno de los motivos por que, en general, el loco es cobarde. De vez en cuando alguno opone resistencia, amenaza, acomete..... combate singular es, porque, entre sus compañeros de infortunio, reconcentrados los más no advierten lo que pasa, no pocos lo miran impasibles, y rara vez acude instintivamente uno en socorro del agresor cuando los empleados le contienen y sujetan. Si hay, por raro caso, quien trata de urdir una trama, á modo de conjura, para vengar algún imaginario agravio ó sorprender á los vigilantes, y, habiéndoselas con ellos, buscar á río revuelto traza de escaparse del asilo; poco tarda en tener que desistir del temerario intento, mal que le pese, pues no halla secuaces, ni de sus razones entendedores, ni quizás oyentes y menos todavía escuchantes. Tienen, en fin, la dicha de no saber conspirar, y la honra de ser incapaces de sublevarse. ¡Bendita ignorancia! ¡Imponderable excelencia del mundo frenopático sobre el cuerdo!

Los sucesos que por ahí se refieren, de jugarretas y malas burlas hechas por locos colectivamente á médicos, hermanos ó criados de un manicomio; ésos, nadie lo ponga en duda, son cuentos de viejas. El lance de *Il ritorno di Columella*, en el cual los recogidos de una casa de orates zarandean al que en ella ha metido los pies sin pensarlo, le traen y llevan, y como que le reciben en su cofradía; la escena de *Jugar con fuego*, cuando los locos cogen al Marqués de Caravaca, le dejan casi en pelota para baratear sus ropas, y le pasean en triunfo; son bien imaginados pasos de melodrama para divertir la vista de los espectadores con las travesuras de unas personas, la conturbación y el espanto de otras, y recrear el oído con los acordes de una música regocijada y bailadera, pero no representan hechos que hayan acaecido jamás, ni puedan acaecer en manicomio alguno.

Pues ¿qué? ¿los enajenados son inofensivos de todo